

## “TODAVÍA SIGO VOLANDO”

Jesús Vazquez

### Los orígenes

**N**ací el 15 de diciembre de 1928, en Lanús, provincia de Buenos Aires, en una familia de inmigrantes de la región española de Lugo. Mi padre, Juan Antonio, llegó escapando del reclutamiento obligatorio que había impuesto el gobierno por la guerra de Marruecos. En la Argentina conoció a mi madre, María Aurora, con quien tuvo dos hijos y una hija.

Aquí, mi padre tuvo su primer trabajo como peón, recogiendo cosechas por estancias de todo el país. Tras su casamiento, se radicó en Lanús, y empezó a



En brazos de mi madre,  
María Aurora Vázquez. 1929.



Con mis hermanos,  
Elva Amanda y Juan. 1930.

trabajar en distintas barracas de lana de Avellaneda y Buenos Aires. Los días en que no tenía trabajo los dedicaba a cultivar la huerta de nuestra quinta. Con eso comíamos. También teníamos gallinas y ovejas. Con su lana, mi madre nos tejía las famosas tricotas.

Cursé la primaria en la escuela de mi barrio. Luego, estudié en la Escuela Industrial Ing. Luis A. Huergo incorporada al Otto Krause, donde me especialicé en electricidad. De muy chico, ya me atraían los fierros y la idea de fabricar algo. Es que algunos nacimos para ser industriales.

En el último año de la escuela técnica conocí a Aldo Tortonese. Nos pusimos a conversar en una clase. Él estaba trabajando en una fábrica de artefactos eléctricos. Hacían motores e interruptores. De aquella conversación, surgiría una sociedad industrial que duraría toda una vida.

## **Un proyecto industrial**

Tuve mi primer trabajo en el '46, después de recibirme de la escuela industrial. Aldo me hizo entrar a la empresa donde él estaba. Fue mi primera experiencia laboral, y me sirvió para conocer cómo funciona una fábrica. Mis padres, aunque eran muy humildes, jamás me dejaron que trabajara mientras cursé la secundaria. La prioridad era asegurarme un futuro a través del estudio.

En marzo del '47 renuncié, para probar suerte con mi propio proyecto industrial. El padre de Aldo tenía un garage y unas herramientas su casa del barrio de Floresta. Allí fundamos Técnicos Electricistas Argentinos (TEA). Nuestro primer producto fueron estufas eléctricas. Después, empezamos a fabricar cajas para interruptores eléctricos, que sería nuestro artículo estrella durante muchas décadas.

Tiempo después, mudamos nuestra fábrica a la casa de mis padres en Lanús. Nos instalamos en un espacio de tres por cuatro, con paredes de barro y techo de chapa. Nosotros mismos hacíamos todo, desde la producción hasta las ventas. Empezábamos a las siete de la mañana del lunes y terminábamos el domingo al mediodía. Dedicábamos la tarde del domingo a pasear. Al día siguiente, por la mañana, retomábamos la rutina.

Me gustaba el baile. A veces, volvía a mi casa a las cuatro de la mañana. A las siete, estaba de nuevo firme en la fábrica para seguir trabajando.

## **El crecimiento**

El proyecto industrial tuvo una breve interrupción por el servicio militar, que me tocó en el Regimiento 13 de Caballería de La Pampa. Afortunadamente, me dieron una rápida baja, por lo que pude regresar muy pronto al negocio. Allí me esperaban tiempos de gran crecimiento. Mientras yo estaba en el ejército, Aldo había ganado un contrato para fabricar interruptores para Siemens. Nos pedían una cantidad considerable para una pequeña empresa como la nuestra.

Pero cumplimos perfectamente, y aquello nos trajo nuevos clientes. Es que, en aquellos tiempos de posguerra, una Europa que recién comenzaba su reconstrucción brindaba grandes oportunidades para países como la Argentina, y para emprendedores con ganas de hacer, como nosotros. No había desocupación. No nos alcanzaban los obreros para fabricar todo lo que nos pedían. Por aquella época, para seguir creciendo, sumamos a un nuevo socio: Alberto Tortonese, el tío de Aldo.

Hoy tal vez sorprenda que llevábamos las entregas, ¡en tranvía! Pero en el '53, un cliente nos adelantó 18.000 pesos para que comprásemos una Ford A, y eso nos facilitó mucho el negocio. Cuatro años después, compramos un terreno a siete cuabras de mi casa de Lanús, donde montamos nuestro primer galpón. Era de quince metros por diez. Aquella empresa que, no mucho antes, funcionaba en una salita con paredes de barro, ya tenía unas doce personas trabajando.

## **Al compás de las crisis**

TEA atravesó por épocas buenas y otras no tanto, al ritmo de la evolución de la economía nacional. La década del '60 fue de franco crecimiento. A comienzos de los '70, en nuestra época de esplendor, llegamos a tener 55 trabajadores. En esos tiempos expandimos nuestro galpón con dos pisos y oficinas.

La situación se empezó a complicar con el Rodrigazo y posteriormente con la apertura comercial de Martínez de Hoz. Ahí empezó nuestra decadencia, y también la de la Argentina industrial, debido a la importación indiscriminada. Tuvimos que hacer un fuerte recorte de personal, y nos quedamos con sólo 26 trabajadores.

La década del '90, para nosotros, no fue nefasta como para otros industriales. Nos resultaba muy conveniente la estabilidad de precios, saber que íbamos a poder comprar insumos a un precio determinado y vender a un precio estable.

El 2001, por el contrario, fue terrible. Estábamos endeudados y las ventas se derrumbaron. El banco nos exigió la cancelación de la totalidad del crédito. ¡Y nosotros no teníamos ni para pagar la cuota! Tuvimos que hipotecar la fábrica. No teníamos para comprar materia prima ni para pagar los salarios. Fueron tiempos de una angustia espantosa, ya que eran empleados de muchísimos años, a los que conocíamos de toda la vida. Lo poco que entraba, lo repartíamos entre todos.

## **TEA, hoy**

La devaluación nos devolvió la competitividad. En agosto de 2002 ya habíamos vuelto a trabajar con toda la gente. Poco después, ya habíamos cancelado toda la hipoteca. Curiosamente, la situación se invirtió. Antes, era el banco el que nos había exigido que canceláramos la totalidad del crédito. Ahora, éramos nosotros los que queríamos pagar por adelantado, ¡y el banco no quería recibir el dinero!

Actualmente, la especialidad de TEA siguen siendo los interruptores, aunque tenemos una cartera de más de 150 productos, que incluye botoneras, cajas en fundición de aluminio y otros artículos del rubro eléctrico. Nosotros mismos los pintamos y mecanizamos. Además de la planta de siempre, tenemos otras tres naves de veinte por nueve, con dos pisos. Allí tenemos las inyectoras y las prensas.

Nunca quisimos exportar. La burocracia es casi prohibitiva. Pero sí, vendemos en todo el país. Menos en Tierra del Fuego, vendemos a todas las provincias. Tenemos viajantes que recorren toda la Argentina ofreciendo nuestros productos.

Y, algo que me pone muy orgulloso es la lealtad de nuestra gente. El mejor indicador de la forma en que una empresa trata a las personas es la permanencia. Nosotros tenemos gente que estuvo toda su vida con nosotros, desde su primer trabajo hasta la jubilación. Me alegra saber que nuestros colaboradores tienen puesta la camiseta de TEA.

## **Volar alto**

Mi gran pasatiempo es la aviación. Era algo que siempre había querido hacer, pero nunca podía. No tenía tiempo o dinero. Hasta que, en el '85, empecé el curso de piloto. Mi señora, Olga, me acompañó e hizo el curso.



Con mi señora, Olga, junto a nuestro avión Cessna 182 en una misión del club de Aeroamigos. 2000.

Compramos un avión e hicimos el vuelo inaugural a Mar del Plata. Recorrimos toda la Argentina desde los cielos, llevando mercadería a gente carenciada y a escuelas de frontera. Hicimos 97 misiones como ésta con mi señora y mis amigos del club de aviación. Nos permite divertirnos y hacer una buena obra.



Con mi señora, Olga, en el Cerro de la Gloria, Mendoza. 2011.



Cuatro generaciones juntas. Con mis hijos, nietos y bisnietos. 2011.

## Seguir volando

En abril del '51 me casé. En el '52, nació mi hijo Alberto. En el '61, Miriam. Los dos se sumaron a la empresa como socios. Mi hijo está en la fábrica. Mi hija, en la parte administrativa. Tengo tres nietos. Cecilia, la hija de Alberto, también trabaja con nosotros. Es la tercera generación de TEA.

Después de haber pasado toda una vida juntos, Aldo es como parte de la familia. En sesenta años como socios, jamás tuvimos una discusión. Aldo tiene una hija, Liliana. Su marido, Carlos, trabaja en la parte comercial de TEA. El tercer socio, Alberto Tortonese ya falleció. Su hijo, Juan Carlos, participa en la sociedad.

Pilotear un avión es como operar una máquina. Cuando estoy dentro del avión, me siento como si estuviera en la fábrica. En la fábrica siento como si pudiera volar. Hoy voy todos los días a la fábrica y no pienso en el legado. Yo, por ahora, hago. ¡Y sigo volando! ¡Y también mi señora!